

# Extensión Universitaria: cada paso cuenta



María Teresa Cano. *Cada paso cuenta. Happening*. 2000. Registro de acción artística. Fotografía: archivo de artista

Afirmar que la extensión universitaria es la forma como las instituciones de educación superior canalizan los logros del concurso entre docencia e investigación para ser proyectados a su contexto social podría ser reduccionista, pero para nada alejado de la realidad. No obstante, es mejor a toda luz, acudir a ejemplos para ilustrar un asunto tan técnico como ambiguo según el filtro que usemos para ver la realidad del reto universitario contemporáneo.

Una hilera de jóvenes se desplaza lentamente por el centro de la ciudad. Visten camiseta

y pantalón blanco, algunos llevan pantalón negro y, todos sin excepción, cargan abierta una sombrilla negra que, podría pensarse, les protege del sol, aunque en algunos pasajes de la caminata las nubes hicieran ese trabajo. La línea no se corrompe con el trasegar; por el contrario, parecen tener una cuerda invisible entre ellos que los une y que les permite saber cuándo parar y en qué momento caminar, a qué velocidad ir, cuándo acelerar o simplemente frenar, en un desfile que más se parece al nado del cardumen que a una ordinaria fila de clientes tras una diligencia.

La Medellín del año 2000 fue la ciudad que atestiguó este particular desfile. Pero ¿por qué caminar de esta manera? Quizá la respuesta, al menos parcial, la tenga el texto con letras negras que cada uno de estos cien transeúntes llevaba estampado sobre el albo impoluto de su camiseta que decía: “Cada paso cuenta”. Ahora bien; ¿cuenta para qué? y ¿a quién le importa lo que cuente?

Cada uno de los afortunados, que vio alterado su ritmo esa tarde de comienzo de siglo, habrá elaborado una idea. Y digo afortunados, porque lo cierto es que esta caminata sin norte, que tal como apareció desapareció, sin buscar otra cosa que algo de empatía con quien cruzara la mirada, quizá al contemplar el absurdo alcanzara a preguntarse a qué camino ha estado sumando sus pasos.

Para el efecto real de esta acción artística en el espacio público, poco importa saber quiénes eran, de dónde salieron y qué motivación tenían para partir el tráfico cotidiano con una cuchilla de cien cuerpos que, a la vez, sumaban cien metros de sombra sobre el pavimento, la vereda o el parque. En el imaginario quedará que una tarde de un día común pasó algo extraordinario: unos jóvenes silentes trastocaron con una poesía viva la vida de una ciudad que, como tantas urbes en el globo, crece sin conocerse, sin mirarse, sin sentirse, incluso, sin caminar a ella misma.

Esta es la clave de la creación colectiva y, añadido, surgida del claustro universitario, en una combinación fascinante de investigación y ejercicio docente, que se ve expandido al proyectar el arte y tocar en el alma la cultura de un grupo humano, y de la sociedad que la contiene, a la vez que le reclama pertinencia. *Cada paso cuenta*, en suma, fue un *happening* planeado y concretado desde una aula de clase, desde la cátedra de una mujer, una artista, que nos ha enseñado, con su ejemplo, pasión y creatividad, que lo importante no es la cosa,

sino que la cosa pase, cobre vida y habite en el otro, que haga lo suyo para que el otro viva con cierta conciencia del aquí y del ahora.

María Teresa Cano es el nombre de esta artista única que, como muchos maestros en nuestras academias, extiende su vida como lo hace la universidad cuando extiende su espectro. Su paso cuenta al caminar para todos los que hemos caminado tras ella, o mejor, con ella, y esto nos sirve para escenificar precisamente la enorme y perseverante labor que cumple la universidad en la sociedad, y que tiene en la extensión universitaria su más alta dignidad de relación con el otro, con aquellos a quienes se debe y en quienes, después de muchos años de existencia, contempla como espacio mismo del conocimiento, en un ejercicio que le ha obligado humildad para saber que no todo el conocimiento está dentro de sí, que muchas cosas aún está afuera, en los campos, en los saberes tradicionales y en las miradas de campesinos que nos dicen que Antioquia es nuestra Universidad.

Cien pasos, y cada paso, como un año, recuerda el movimiento de Córdoba, también conocido como la “reforma” o “huelga” de esa región argentina que encendió alarmas sobre el rol de la universidad en tierras de desigualdad. A la docencia, fundamento del sistema educativo francés, se sumó la investigación, eje del sistema alemán; luego llegaría, según cuentan los estudiosos, la extensión universitaria, como se tradujo la expresión “*The university outreach*”, nacida en la Gran Bretaña (específicamente en 1867 en la Universidad de Cambridge), que, a su vez, hacía eco de las necesidades suscitadas en la década de 1790, cuando la revolución industrial obligó a la academia inglesa a pensar, ya no solo en las élites, sino a llevar las virtudes del conocimiento, enclaustrado hasta ese momento, a la clase obrera que necesitaba cualificación y, sobre todo, humanización de sus labores.

En América Latina se reconoce el año de 1918, cuando tuvo lugar el movimiento cordobés,



María Teresa Cano. *Cada paso cuenta*. Happening. 2000. Registro de acción artística. Fotografía: archivo de artista

como el tiempo en el cual se sembraron las inquietudes que catalizarían cambios radicales en una academia que privilegiaba la docencia y el acceso a sólo algunos afortunados, para abrir, en un ambiente singular, las oportunidades a la población que reclamó una formación profesional o técnica, además de otras cosas, consignadas en el manifiesto del 21 de junio de 1918 titulada: “La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Suramérica”, que incluimos en esta edición.

Cien años, como cien pasos que producen la sombra refrescante y dulce de la academia, son precisamente los que nos dan hoy la oportunidad de contemplar un panorama más amplio y claro de las tres misiones sustanciales de la universidad universal, valga la redundancia, y que en esta *Agenda Cultural Alma Máter*, hacen eco de sus alcances, específicamente con la ex-

tensión universitaria como centro, o parteaguas de la imprescindible docencia y la urgente investigación.

Como ha sucedido con el trabajo de María Teresa Cano que, en muy buena parte de sus propuestas de carácter colectivo, es ejemplo de proyección virtuosa del arte, bajo las dinámicas de una universidad consciente del afuera, y su necesaria intromisión en la anestesiada cotidianidad, aquí están contenidos los relatos y textos críticos de estudiosos del tema que nos convoca. Marta Elena Vélez, Cláudia Leitão, Pablo Javier Patiño, Ricardo Sánchez Ángel y Ramiro Delgado nos presentan, desde distintas perspectivas, su visión de la extensión y del legado que ha significado el grito de Córdoba, un movimiento que, a leguas, deja claro que cada paso cuenta.

*Oscar Roldán-Alzate*